

¿Qué es ser pacifista, qué es ser noviolento? Considerarse como tal es una actitud ante la vida, no una determinada posición ante eventos particulares, ni tampoco una postura meramente intelectual. Reducirse a ello no siempre es pernicioso, pero merma el verdadero potencial de la noviolencia como motor de transformación personal y social. Reflexionemos, pues, sobre en qué consiste ser noviolento, cómo iniciar ese camino, y cómo pueden difundirse sus fundamentos, sus métodos y sus técnicas.

I. RECUPERANDO LA DIMENSIÓN DE LA NOVIOLENCIA

Hasta poder considerarse noviolento, uno debe acometer amplias reflexiones sobre la naturaleza humana. Sin embargo, sobre la noviolencia y el pacifismo siguen pesando los prejuicios que afirman su inutilidad, su candidez, su debilidad de carácter y su utopismo. Al mismo tiempo, y paradójicamente, nuestros grandes referentes culturales estuvieron más cerca de una cultura de la paz que de una cultura del enfrentamiento. Generalmente, una sociedad tiende a considerarse heredera cultural y ética de Sócrates, Confucio o Thoreau, por más que tenga en cuenta el impacto de César, Napoleón o Stalin. Sin entrar en valoraciones socioeconómicas y políticas –o incluso en meras querencias personales-, es difícil admitir que una gran comunidad albergue, por mucho tiempo y sin forzar su afecto, aprecio natural por referentes que promueven la destrucción y no la construcción.

Cuando somos conscientes de esta contradicción y de su dimensión, corresponde tomar de nuevo perspectiva y volver a la pregunta esencial: ¿qué es profesar la noviolencia? Esta pregunta nos obliga a revisar el prejuicio que pesa sobre ella, y a meditar sobre cómo es considerada por la sociedad. Así pues, y dado que es una postura que requiere estudio y reflexión, una de estas consideraciones debe dirigirse hacia cómo es entendida por el mundo académico y por el ámbito educativo. Como bien sabemos, los análisis sobre el proceder de Sócrates, Buddha, Jesucristo, Lao-Tse, Ibn-Arabi, Abdul Gaffar Khan, Gandhi, etc., provienen habitualmente de un nivel cultural y formativo alto.

Sin embargo, las observaciones puramente académicas pueden embarrar una cuestión en lugar de aclararla. La avidez por delimitar cada matiz nos lleva, en ocasiones, a olvidar que en ciertas cuestiones lo útil es conservar siempre una visión de conjunto. Gandhi consideraba a la noviolencia una ciencia por su necesidad de experimentar con nuevas soluciones (la llamaba “la ciencia del *Satyagraha*”), pero nunca escribió un manual o recetario sobre cómo proceder ante los conflictos. Afortunadamente, las categorías para exponer y estudiar el fenómeno de la noviolencia han aumentado en las últimas décadas, y tal vez la razón sea la urgencia por aplicar sus propuestas e ideas

en estos tiempos críticos. Ahora bien, la preocupación teórica ya empieza a sepultar lo que debiera ser también una implicación práctica.

Desde el terreno de la no violencia, los análisis minuciosos, detallados y pormenorizados son necesarios, pero no son el fin del recorrido, y ni mucho menos el sustituto de una actitud vital no violenta. Cada uno de tales conceptos encierra un logro, un hallazgo, pero no podemos distraernos hasta el extremo de desatender una perspectiva holística y a la vez integral. Es, de algún modo, como reconstruir un esqueleto fósil: cada fragmento es valioso, pero la aspiración última es conformar el cuerpo completo, o al menos llegar a imaginarlo. Nos encontramos en una situación apremiante, y la hiperespecialización conceptual nos puede llevar a una sensación de avance que comporte, no obstante, una parálisis. Parte del prejuicio sobre la inutilidad de la no violencia radica en la desproporción entre sus análisis teóricos, y su puesta en práctica real y efectiva.

Para ilustrar qué queremos decir, podemos recordar un acontecimiento significativo. En 1985, el filósofo y orador indio Jiddu Krishnamurti habló desde la sede de las Naciones Unidas, en New York. En los últimos minutos de lo que bien podríamos calificar como unas enseñanzas, alguien entre el público –compuesto por personal vinculado a la ONU- pregunta cómo actuar cuando somos atacados por un tirano. Krishnamurti, curtido en décadas de charlas públicas, baja la pregunta aún más al barro: qué hacer cuando nosotros, suponiendo que vivimos pacíficamente, somos atacados. La respuesta es aparentemente sencilla: depende de si vivimos de forma pacífica uno o dos días, o de si planteamos de manera pacífica toda nuestra existencia. Si durante años vivimos pacíficamente, sabremos hacer lo correcto cuando seamos atacados. Esta respuesta suscita risas entre el público. El abismo entre la altura intelectual que se le supone al auditorio y su comprensión real de estas cuestiones es desolador. Quienes se ríen o incluso aplauden, como si aquella respuesta se tratase de una ocurrencia, no han entendido nada. Claro está, el hieratismo de Krishnamurti y su comentario a tal reacción fueron más reveladores, si cabe, que la respuesta inicial¹...

De esto se trata: de saber qué movía a Sócrates, a Thoreau, a Tolstói, a Dorothy Day, a Ety Hillesum, a Krishnamurti, a Chico Mendes, a Petra Kelly y a tantos otros. Salvo excepciones, y aún así todas ellas matizables, ninguno de los grandes referentes del pacifismo y la no violencia fue un mero intelectual, sino pensadores en sentido lato y, lo que es más importante, practicantes cotidianos de sus convicciones, fuesen éstas refrendadas por una ética religiosa o laica.

Ahora, tras una invitación a recuperar una mirada de conjunto, cabe preguntarse por qué conviene destinar los esfuerzos a recuperar ciertos mensajes y no tanto a diseccionarlos desde cenáculos con escasa repercusión y dados a una cierta autofagia académica. Sobre todo, y a fin de

¹ La conferencia íntegra se encuentra disponible en el canal de YouTube dedicado a Jiddu Krishnamurti: <https://www.youtube.com/watch?v=qcga8ATBNh0>

cuentas, conviene preguntarse por qué debemos superar un desarrollo meramente intelectual de la idea de la noviolencia.

Cuando estudiamos y conocemos las vidas de los referentes noviolentos advertimos que hay en todos una situación límite, normalmente propiciada por las circunstancias externas, pero también por su entrecruzamiento con la naturaleza de cada cual. Por ejemplo, son bien conocidos los viajes interiores de Thoreau con los bosques de Massachusetts al fondo; las humillaciones en Sudáfrica que convertirían a un joven abogado indio en el Mahatma; la compasión inaudita que Etty Hillesum recogió en sus diarios durante la invasión nazi; o, en nuestros días, las traumáticas experiencias que Marguerite Barankitse ha tenido que superar. Por eso en esta reflexión tienen cabida noviolentos que habitualmente no aparecen en las bibliografías al respecto. No se trata de cuantificar su adhesión explícita a la noviolencia, sino de estudiar desde el corazón a quienes apostaron y apuestan por la paz, a menudo al precio de sus propias vidas.

Esta situación límite que cada cual vivió fue una crisis existencial de tal magnitud que, de acuerdo a los respectivos testimonios, marcó una nueva época en sus vidas. El novelista ruso Lev Tolstói, por ejemplo, llamaba “mi segundo nacimiento” a la nueva vida que se le abrió tras su más dura crisis existencial. Podemos considerar estos episodios como ritos de paso, pues hay un umbral tras el cual nos espera una nueva época.

Con respecto a la noviolencia, hay un lastre que queda en el lado de la vida pasada, y habitualmente se trata del odio, del rencor y del resentimiento. Dicha superación del límite comporta un punto de inflexión en el desarrollo personal de quien necesita dar ese paso. Por ello, en el mundo de la noviolencia ética o de principios se suele hablar de transformación o de conversión interior.

Ahora cabe preguntarse: ¿conversión desde dónde y desde qué?, ¿conversión hacia qué?, e incluso: ¿conversión para qué? Y dado que partimos del supuesto de que dicha transformación conlleva un desarrollo del individuo, debemos hacernos una pregunta más: ¿cómo favorecer esa transformación que nos permite comprender la vida con mayor profundidad?



Dos niños jugando a la guerra en Martakert (Nagorno Karabaj, Cáucaso). Desde 1991, tras la disolución de la URSS, Nagorno Karabaj (tradicionalmente parte de Armenia) sufre un conflicto bélico con Azerbaiyán. © Jaime Gianzo

II. CAMBIOS EN EL PARADIGMA

La conversión comienza cuando el individuo decide resolver un dilema existencial que atenaza su vida. Como es evidente, circunscribimos este abismo personal en el contexto de la paz y los conflictos sociales, pero también de lo que podríamos llamar paz interior. Sin llegar a profundizar, el dilema o la crisis obliga a tomar una postura ante las relaciones con uno mismo y con los demás; es decir, con la gestión de los conflictos propios pero también –y ante todo- con respecto a los otros.

Lo dramático de esta encrucijada es que son una minoría aquellos con la claridad suficiente para alcanzar algunas conclusiones necesarias. Una de ellas consiste en tomar conciencia de que por las vías habituales de pensamiento no hemos resuelto nuestros conflictos. Sin embargo, para que pueda darse un cambio en nuestros patrones de pensamiento, antes hemos debido llegar a esa conclusión. Una vez afirmada, comienza la indagación necesaria para el cambio, y solo entonces la semilla de la transformación empieza a recibir los cuidados necesarios.

De este modo, si por nuestras vías habituales no hemos resuelto los conflictos, corresponde entonces descubrir caminos nuevos. Pero, una vez más, son una minoría quienes ponen la creatividad y la imaginación al servicio de esta indagación... Desgraciadamente, lo más común es transitar una y otra vez por nuestras mismas vías de pensamiento e inferencias, hasta el punto de que los caminos están tan hollados que, más que caminos, parecen trincheras en las que nos refugiamos para enfrentar los embates del día a día.

Esta búsqueda de nuevas perspectivas ante la realidad requiere de una experimentación constantemente. No es casual que la autobiografía de Gandhi se subtitule *Historia de mis experiencias con la verdad*, pues la fuerza del pensamiento no violento consiste en su apertura, tan difícil como necesaria, a la experimentación. Si un método no funciona, se investiga otro. No obstante, para que esta actitud sea fértil, primero hemos de asumir y reafirmar la primera conclusión que se ha enunciado, esto es, detectar que nuestras respuestas habituales ya son ineficaces.

Esto entronca con la segunda cuestión: ¿conversión hacia qué? El nuevo giro que supone este desarrollo personal no cierra el recorrido de las reflexiones ni su fuerza expansiva. Por el contrario, supone una liberación que nos abre a nuevas perspectivas. En qué deviene esta conversión no siempre es fácil de sintetizar, pero para muchos no violentos supone la comprensión de una serie de fundamentos que hasta entonces eran desconocidos, tales como la interconexión de nuestras vidas con el entorno o la necesidad de los otros para el desarrollo de nuestras propias vidas.

Sin embargo, para que estas percepciones promuevan realmente una conversión debe alcanzarse una segunda conclusión, a saber: que los fundamentos que dotan a la vida de significado (nótese que no hablamos aquí de la obsesión actual por ser “felices”) no se comprenden solo intelectualmente, sino ante todo desde una reflexión desarrollada en el interior de cada individuo.

Es en asuntos como la no violencia y el pacifismo donde la especialización únicamente intelectual se revela como una limitación, pues pocas veces nutre, de veras, la semilla del cambio. Es cierto que favorece las condiciones para la difusión del pensamiento y el análisis, pero la asunción de algunas certezas seguirá siendo un compromiso personal, un trabajo que solo tendrá lugar si cincelamos nuestro interior con celo y paciencia artesanales. Es aquí donde urge recuperar la dimensión y la fortaleza de la no violencia.

Cuando no nos mueve esta segunda conclusión nos encontramos con dos situaciones. En el mejor de los casos, con los habituales discursos pacifistas dictados por coyunturas sociales y políticas; y en el peor de los casos, con las hipocresías más inadmisibles. Y ambas situaciones perjudican la expansión del verdadero potencial del pensamiento no violento. Con respecto a la primera: siempre resulta en discursos y foros vacuos e ineficaces, por lo que hace creer que las posturas pacifistas son cándidas e inútiles (cuando lo que realmente sucede es que son enunciadas por compromiso y sobre una falta general de conocimiento y convicción). Son gestos bienintencionados, pero parten del tópico de que ser pacifista consiste en sonreír a todo el mundo y en todo momento. Creen que el no violento evita el conflicto, cuando su compromiso es en realidad destaparlo, afrontarlo y transformarlo.

Por su parte, la segunda situación es aquella que promueve políticas tan desconcertantes y frágiles para una sociedad como puedan ser la llamada “paz armada” o el aumento desproporcionado del presupuesto en defensa, frente al de educación y sanidad, y ello con el fin de conservar una democracia supuestamente pacífica. Se olvida aquí cómo la violencia puede impregnar todas las

estructuras sociales sin que seamos conscientes, y cómo esto nos lleva a distintos grados de cinismo social.

Llegemos ahora a la última cuestión: esta transformación, ¿para qué? Como ya se ha anotado a vuelapluma, no debería preocuparnos tanto esta felicidad convertida hoy en mercancía, sino el desarrollar vidas significativas. Por citar de nuevo a uno de nuestros grandes mentores culturales, Sócrates, una vida sin conciencia crítica no merece ser vivida. Lo que está en juego es más urgente y determinante que ese anhelo de felicidad, seguridad y bienestar al que parecen obligarnos constantemente. En los tiempos actuales está en peligro nuestra integridad como personas. Nos hemos olvidado del respeto a nosotros mismos, sin duda fundamental para comprender las necesidades y el sufrimiento de los otros, y lo hemos sustituido por una falsa creencia de estar integrados en el entorno. Esto lo demuestran el narcisismo y las constantes crisis de personalidad de las sociedades actuales, las cuales ya han alcanzado cotas claramente patológicas. Ante tales conflictos personales y sociales, una mayoría procedemos sublimando identidades (bien personales a través de las redes sociales, sus *followers* y sus *likes*, bien religiosas, comunitarias, etc.), mientras que solo una minoría reexamina críticamente sus planteamientos con la valentía de indagar por nuevos caminos.

En suma, solo este camino puede garantizar la libertad del individuo, una libertad genuina y menos expuesta a los vendavales del exterior. Asimismo, solo esta libertad erigida sobre la reflexión creativa y el trabajo interior puede garantizar sociedades cuyas personas no deambulen bajo la hipnosis de la ignorancia impuesta y el miedo. Ahora bien, y esta es la cuestión central de nuestra reflexión, ¿cómo puede ponerse tal empresa al alcance del ciudadano medio?

III. CÓMO FAVORECER ESTE CAMBIO DE PARADIGMA

Hemos expuesto cómo esta transformación, habitual y presente en los referentes de la noviolencia, exige valentía personal y, en ocasiones, afrontar penosas circunstancias (presidio, persecuciones, exilio, etc.). También hemos consignado cómo suelen ser una minoría aquellos que consiguen reflexionar clara y profundamente en contextos o momentos vitales difíciles.

Ahora bien, el filtro de la historia nos va demostrando que los nombres citados a lo largo de estas líneas se han sobrepuesto a épocas muy distintas y a conflictos también dispares. Frente a otras formas de hacer nuestras vidas significativas, parece que sus planteamientos no eran equivocados. Este hecho, contrastado a lo largo de los siglos, es de un valor capital.

Por otra parte, es esta historia la que también evidencia que temperamentos como los de Sócrates, Etty Hillesum o Gandhi son excepcionales e insólitos. Además, junto a ellos debemos añadir a tantos otros luchadores de talla semejante que están en el anonimato, y que recorren tanto las selvas amazónicas, como las laderas del Tíbet o las callejuelas que gestaron las primaveras árabes.

En cualquier caso, es evidente que se trata de naturalezas y temperamentos extraordinarios e infrecuentes. No obstante, cabe hacerse una pregunta y proponer una respuesta: ¿es posible favorecer nuestro desarrollo, como individuos menos excepcionales que somos, teniendo en el horizonte estos mensajes? Sostenemos que sí es posible, pero ¿cómo? En este sentido, la respuesta que proponemos a esta cuestión es tan sencilla como olvidada: mediante la educación. No se trata aquí de dilucidar quién está en posición de enseñar qué y a quiénes, sino de advertir que estos grandes modelos han sido, al menos en momentos puntuales, oradores y pedagogos en el sentido más clásico del término.

Cuando decimos “educación” nos referimos a la responsabilidad y al compromiso que la sociedad comparte en su conjunto con respecto a las nuevas generaciones. No es tanto enseñar como cultivar adecuadamente. No obstante, por mor de la brevedad, ahora nos centraremos en la propia institución educativa, especialmente en la etapa secundaria. Así pues, si observamos los libros de texto escolares veremos que, en materias como historia, los hitos que jalonan su pedagogía siguen pautados por guerras, invasiones, genocidios, etc. La cuestión no estriba ahora en si esos contenidos deben o no impartirse, sino en si están acompañados por análisis sobre el alcance de esos sucesos, el sufrimiento que acarrearón, y por reflexiones sobre otras posibles soluciones. Esto, sin duda, favorecería el pensamiento especulativo, la creatividad y la interiorización de nuevas formas para afrontar los conflictos.



Clases de *dhol* (percusión tradicional armenia) en un centro cultural de la capital, Stepanakert. Desde 1991, tras la disolución de la URSS, Nagorno Karabaj (tradicionalmente parte de Armenia) sufre un conflicto bélico con Azerbaiyán. © Jaime Gianzo

Una reflexión similar puede hacerse de tantas otras materias del currículo habitual en la enseñanza secundaria. Podemos remitirnos a Lengua y Literatura, Ciencias Naturales o Economía. Esta reflexión incluye tangencialmente, cómo no, la infravaloración de materias como Filosofía o el pésimo enfoque de materias como Religión (que bien podría exponer una visión amplia e integradora

de las diferentes tradiciones espirituales en lugar de ser un catecismo). De este modo, podemos lanzar algunas cuestiones para su consideración: desde materias como Lengua, ¿tienen los adolescentes alguna noción de qué es el discurso de odio, o las *fake news*?; desde Ciencias Naturales, ¿desarrollan la conciencia sobre las repercusiones de su estilo de vida, como por ejemplo, su consumo exacerbado de aparataje electrónico?; desde Economía, ¿llegan los adolescentes a conocer un planteamiento más analítico sobre del sistema bancario y su relación con las desigualdades, tienen alguna noción de conceptos tan relevantes como el de *aporofobia*?

La respuesta a todas estas preguntas es evidente: no. Ahora bien, ¿qué pasaría si se favoreciera un análisis de la realidad y del pasado reciente? A fin de cuentas, de lo que se trata es de que las nuevas generaciones no mantengan ni cometan todos los errores que nos han traído hasta aquí. Ahora bien, para que esto llegase a suceder, habría que favorecer que aquella primera conclusión no fuese alcanzada solo por una minoría, sino que fuesen muchos quienes quedasen expuestos a su influencia. Para acometer esta labor no hay que jugar a la crítica constante, y mucho menos aún caer en la provocación fácil y burda contra el sistema. Parte de la estrategia consiste en dejar a los adolescentes que hablen más, pero dentro de un marco que propicie la reflexión serena y sensata.

IV. CONCLUSIONES

Es por ello que la vía más eficaz es la educativa, pues a través de ella se viven los fundamentos de la noviolencia y se supera la barrera del academicismo (el cual, como se ha expuesto, en ocasiones relega esta cultura de paz a un reducido círculo especializado). Es el mejor camino para cultivar un desarrollo interior que haga que los principios de la noviolencia no se reduzcan a conceptos, abstrusas teorías sociológicas y cándidos eslóganes pegadizos. Solo mediante una educación que cultive el cuestionamiento y una relación sana hacia uno mismo y hacia los demás se emergerá de estos tiempos convulsos y, lo que es más importante, se conseguirá acabar con numerosas espirales de odio. Ahora bien: la responsabilidad recae sobre los educadores, no sobre los educandos. Son ellos quienes deben evitar el tono académico, cándido y moralista de los fundamentos de la noviolencia, pues solo cuando se viven e interiorizan se convierten en valores axiales para el individuo.

Como se ha escrito en las últimas líneas del punto anterior, a los jóvenes les sobran formas y ganas de expresarse; de lo que carecen es de los marcos idóneos para que la reflexión sea realmente fértil y dé frutos. Mientras, el tiempo pasa, y olvidamos que cada generación de educandos que crece y perdemos, será la educadora de la siguiente...

Así como la transformación a nivel individual acontece cuando advertimos que nuestras respuestas ya no funcionan (lo que, recordemos, nos abre a la creatividad en la búsqueda de soluciones), el cambio social tendrá lugar cuando tomemos conciencia a nivel colectivo de dicha conclusión. Para ello, debemos ser dramáticamente conscientes de la situación en la que nos

encontramos, e indagar nuevos caminos apremiados por las crisis que nos esperan, y cuyas condiciones llevamos tiempo alimentando. Como se ha dicho, no surgen a cada paso un Gandhi o una Marguerite Barankitse, pero su labor sí puede ser un modelo reconocido y, sobre todo, asumible para cada cual en función de sus capacidades.

Aunque es evidente que llegamos tarde, no por ello estamos ya fuera de tiempo. Eso sí, los problemas nos han sobrepasado y la aplicación de soluciones precipitadas solo conseguirá cambios cosméticos. Hemos de dictaminar que nuestras respuestas habituales ya no sirven. Puesto que el tiempo apremia, debemos sentirnos conminados a actuar. Sin embargo, sucede que ni la respuesta social ni el sistema educativo están adiestrados en la observación, la ecuanimidad y la decisión responsable. Del mismo modo que la transformación individual no es un proceso rápido, cómodo ni siempre con viento de popa, la toma de conciencia colectiva exigirá un análisis profundo de nuestro estilo de vida hasta alcanzar la certeza de que sus repercusiones, una vez sembradas, nos sobrevendrán antes o después.

A día de hoy no podemos concluir si tales cambios sociales serán la solución o si quedarán como remedios paliativos cuyas últimas consecuencias tendrán que ser vividas –y sufridas- por las generaciones venideras. En cualquiera caso, y como quiera que sea ese devenir, hemos de recordar la predicción de Lev Tolstói y asumir que nuestras contradicciones nos son ya inasumibles. No tenemos más remedio que enfrentarnos a ellas.



Nagorno Karabaj. Una calle de la capital, Stepanakert. Desde 1991, tras la disolución de la URSS, Nagorno Karabaj (tradicionalmente parte de Armenia) sufre un conflicto bélico con Azerbaiyán. © Jaime Gianzo